

ESCUELA DE ORACIÓN

Esta postración en el suelo, a los pies de Jesús, es el momento culminante de este encuentro salvífico. La fe se expresa exteriormente y el conocimiento se vuelve adoración prolongada. Jesús ha sido para el ciego luz, cada vez más luz, acerca de Jesús: *no sé, es un profeta, viene de Dios, creo, Señor*. Un ciego en el camino, gritando, no era problema. Un ciego que ahora ve, gracias a Jesús, es una amenaza para la vieja mentalidad, incrédula. Un ciego, que no conocía la luz, porque nunca la había visto, nos anima con su confianza, tan sencilla, a recorrer sin miedo el proceso de la fe. Frente a todos los miedos, frente a todos los prejuicios. Jesús espera nuestra respuesta creyente. El joven, que antes era ciego, radiante de alegría, confiesa abiertamente su fe; ofrece su testimonio y nos regala palabras nuevas para decir nuestra fe: *Creo, Señor*. Jesús ha venido para dar luz, en definitiva, para dar vida y para mostrarse como la luz del mundo.

4.- Respuesta a la Palabra

¿Cómo te ve Jesús? ¿Cómo lo ves tú a él? ¿Cómo podemos relacionar el episodio que nos narra el evangelio de hoy con nuestra vida bautismal? El ciego de nacimiento hizo un proceso bien claro que lo llevó a recobrar la vista física, pero sobre todo la fe. ¿Cuál es mi proceso de fe? ¿Qué pasos he dado? ¿En qué punto me encuentro? ¿Descubro el actuar salvífico de Dios en mi vida?

4.- Orar la Palabra

Dadnos, Señor, luz; mirad que es más menester que al ciego que lo era de nacimiento, que este deseaba ver la luz y no podía. Ahora, Señor, no se quiere ver. ¡Oh, qué mal tan incurable! Aquí, Dios mío, se ha de mostrar vuestro poder, aquí vuestra misericordia. ¡Oh qué recia cosa os pido, verdadero Dios mío!: que queráis a quien no os quiere, que abráis a quien no os llama, que deis salud a quien gusta de estar enfermo y anda procurando la enfermedad (Santa Teresa).

CIPE www.cipecar.org * cipe@cipecar.org

LECTIO DIVINA | F.22

IV DOMINGO DE CUARESMA

Juan 9, 1-41



Invocación al Espíritu

Ven, Espíritu Santo. Guíanos hacia la fe, llévanos a Jesús.
Canto: Sé mi luz, enciende mi noche.

Motivación

El que se considera autosuficiente perderá el Espíritu. Sin Dios, el hombre nada puede hacer. Con Él, nada es imposible

1. A la espera de la Palabra. Con la lámpara encendida.

Domingo de la "Luz", y también de la "Alegría". En la bella tradición de la liturgia cristiana a este domingo se le llama: "Laetare".

Es un relato sabroso, profundo y desafiante. Con tres personajes principales: Jesús, el ciego de nacimiento y los fariseos. Nos ayuda a abrir los ojos y a comprender mejor nuestra vida bautismal.

Del gesto de Jesús que le da la vista al ciego se pasa a la identidad del milagro para terminar concentrándose en la persona de Jesús. Aparentemente el problema es una obra realizada en sábado, pero en la práctica lo que inquieta es: ¿Quién es Jesús?

Sorprendente: aquél que se reconocía ciego accede a la luz, los que creían poseer la luz se convierten en ciegos.

2. Proclamación de la Palabra: Juan 9, 1-14

3. Fecundidad de la Palabra

En aquel tiempo, al pasar, vio Jesús a un hombre ciego de nacimiento. Entonces escupió en la tierra, hizo barro con la saliva, se lo untó en los ojos al ciego, y le dijo: «Ve a lavarte a la piscina de Siloé (que significa Enviado)». Él fue, se lavó, y volvió con vista.

A Jesús no le han afectado los ataques recibidos. Es libre. Ve al ciego, los discípulos también, pero de distinta manera. Los discípulos vieron el pecado, de él o de sus padres (creencia

arraigada: la enfermedad, fruto del pecado), discuten del tema, pero no ayudan. Jesús ve y realiza un proceso liberador para gloria de Dios, porque *la gloria de Dios es que el hombre viva*. La pregunta para nosotros no es de dónde ha venido el sufrimiento, sino qué haremos con él. Los fariseos tenían otra ceguera, mucho más compleja y difícil de curar: *Tienen ojos y no ven*. Jesús habla y actúa (*dabar*). *No se puede ver bien sino con el corazón. Lo esencial es invisible a los ojos*. Ver con el corazón es ver el mundo y a nuestros hermanos con los ojos de Dios. Tres acciones: saliva (usada en la antigüedad para el ojo), barro, untar (con el recuerdo del Génesis realiza una nueva creación. El ciego obedece y se cura. Juan destaca el contraste entre unas personas, abiertas a la luz, y otras, negando la luz. Los intérpretes autorizados de la Ley, están incapacitados para superar su estado de ceguera permanente.

Y los vecinos y los que antes solían verlo pedir limosna preguntaban: «¿No es ese el que se sentaba a pedir?». Unos decían: «El mismo». Otros decían: «No es él, pero se le parece». El respondía: «Soy yo». La curación desconcierta a todos. Pero el sanado dice: *Soy yo*. Hasta ahora no había experimentado esta libertad, esa dignidad. Desde el mismo momento que el ciego comienza a ver, empiezan todas las dificultades para él: la soledad, el abandono y la exclusión. A pesar de ello emprende el camino del testimonio. No basta ser iluminados, hay que ser testigos de la luz.

Llevaron ante los fariseos al que había sido ciego. Era sábado el día que Jesús hizo barro y le abrió los ojos. También los fariseos le preguntaban cómo había adquirido la vista. Él les contestó: «Me puso barro en los ojos, me lavé y veo». Algunos de los fariseos comentaban: «Este hombre no viene de Dios, porque no guarda el sábado». Otros replicaban: «¿Cómo puede un pecador hacer semejantes signos?». Y estaban divididos. Jesús toma la iniciativa. Podía haber hecho este milagro cualquier día de la semana, pero escoge hacerlo en sábado, el día de reposo. No se podía amasar Mezcla que hace Jesús). A los "fariseos" les duele más que el

hombre haya sido liberado en sábado, que el que pueda ver. Así reta Jesús las mezquinas tradiciones de los líderes religiosos, tradiciones que ellos ponían en la categoría de reglas obligatorias.

Y volvieron a preguntarle al ciego: Y tú, ¿qué dices del que te ha abierto los ojos?». Él contestó: «Que es un profeta. Le replicaron: «Has nacido completamente empecatado, ¿y nos vas a dar lecciones a nosotros?». Y lo expulsaron. No es común en el evangelio que el relato de un milagro se detenga en lo que sucede después. Las inquietudes de los fariseos se desplazan hacia la identidad de Jesús, que ha obrado el signo. El sanado pierde el miedo: *Si es un pecador, no lo sé; sólo sé que yo era ciego y ahora veo*. Los fariseos preguntan a los padres del ciego. Estos evitan comprometerse. Saben que es su hijo, pero añaden: *Lo demás nosotros no lo sabemos*. Hablar de Jesús conlleva ser *excluido de la sinagoga*, marginado de la comunidad del pueblo de Dios y por lo tanto quedar aislado socialmente. El sanado, que había dicho el nombre del que lo había curado, ahora reconoce que es un profeta. Crece en su entendimiento acerca de Jesús. Los peritos llegan a la conclusión de que Jesús, *ese hombre*, es un pecador. Pero el que había sido ciego admite que Jesús tiene una relación especial con Dios. Dicen de él: *Tú eres discípulo de ese hombre*. Y lo expulsan.

Oyó Jesús que lo habían expulsado, lo encontró y le dijo: «¿Crees tú en el Hijo del hombre?» Él contestó: «¿Y quién es, Señor, para que crea en él?». Jesús le dijo: «Lo estás viendo: el que te está hablando, ese es». Él dijo: «Creo, Señor». Y se postró ante él. El seguimiento de Jesús lleva al enfrentamiento. Jesús va al encuentro del sanado por segunda vez. Vamos llegando a la cumbre del relato. La primera vez había una ceguera, ahora experimenta un rechazo que le aísla de la comunidad. ¡Cuánto tuvo que pasar para creer en Jesús! Jesús le pregunta. El sanado afirma que cree en Jesús y se postra ante él, un gesto de respeto y entrega con el cual admite estar ante la divinidad.